

MARTIROLOGIO

**ACTAS SELECTAS
DE MARTIRES**

II. MARTIRES DEL ARRIANISMO

Traducción, prólogo y notas del
P. BAUDILIO LUIS RUIZ
Benedicto de Silos

Serie
Los Santos Padres
N.º 46

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

PROLOGO

Nunc una degunt, simul vescuntur, pariter psallunt, simul in Domino gloriantur. Ahora viven bajo un solo techo, se sientan a la misma mesa, cantan el unísono sus voces y juntos se alegran en el Señor.

(Víctor de Vite, *Hist., de la persec. de los vándalos*, lib. V. n.º 10.)

Espigando en la literatura eclesiástica, he llegado a escribir casi el *martirologio* del furor arriano en trescientos años de lucha contra la Iglesia. Te le ofrezco, lector, en las siguientes páginas que traduzco del latín y algunas veces de los textos originales griegos.

La persecución arriana, esporádica, con períodos de calma unas veces y de crudeza otras, fue en el siglo IV una disputa doctrinal enconada, en la que se cometieron actos violentos con escándalo de los mismos paganos. San Gregorio de Nacianzo caracterizó con esta frase aquellas luchas cuando escribió: “Las bestias fieras no son tan enemigas de los hombres como los cristianos lo son con frecuencia unos de otros”¹. Disputaban, se combatían, se anatematizaban y se perseguían los obispos y los clérigos, partidarios los unos de Arrio y Atanasio los otros.

Con la mejor intención, y deseoso de la paz de la Iglesia, abrió Constantino en los últimos años de su reinado, la serie de sínodos provinciales y concilios generales que en los reinados de Constantino (337-361) y de Valente (364-378) se convirtieron en verdaderas disputas, en las que llevaban siempre la razón los que más gritaban y mayor confianza gozaban de los Emperadores. “Los caminos —escribía Amiano Marcelino— eran un hervidero de sacerdotes que iban a disputar en los que ellos llaman concilios, para hacer triunfar tal o cual opinión. Estas idas y venidas continuas acabaron por acaparar para ellos todos los vehículos públicos”². De aquellas asambleas de obispos no salían más que decretos, arrancados a los Emperadores por los corifeos del arrianismo, Eusebio, Macedonio y otros malos prela-

dos, y por los que se enviaba al ostracismo a los más intrépidos defensores de la ortodoxia. Así vio el mundo a caravanas de obispos y clérigos andar errantes de provincia en provincia, maniatados como vulgares malhechores, a quienes acompañaban sus ovejas hasta los puertos de embarque, llorando o aclamándose como sus verdaderos padres y maestros. San Atanasio consignó en sus libros estas violencias atropellos cometidos en el reinado de Constancio, principalmente en sus *Apologías*: 1.^a, *Contra los arrianos* (350); 2.^a *al Emperador Constancia* (356); 3.^a *la de su Fuga* (357), y en la *Historia de los arrianos dirigida a los monjes* (357). De ellas traducimos algunos párrafos, para que se pueda juzgar del carácter de la persecución de aquel Emperador.

Valente, más pérfido que Constancio, tuvo contra sí y sus obispos a tres grandes doctores, los tres Prelados de Capadocia: San Basilio de Cesárea, San Gregorio de Nacianzo y San Gregorio de Nisa, y los tres consignaron en sus escritos los vejámenes que hizo sufrir a los paladines de la doctrina de Nicea. Con más detalles los escribieron Sócrates y Sozomeno, sus dos historiadores.

Pero la persecución más sangrienta estalló en las provincias del Norte de Africa, suscitada por los vándalos, al caer sobre el imperio romano de Occidente las hordas de los bárbaros que habían abrazado el arrianismo antes de salir de sus estepas. Dejó escrita esta persecución el obispo Víctor de Vitz.

Hemos hecho casi el objeto exclusivo de estas páginas dando en ellas la traducción literal de su obra, la mejor historia de la Iglesia de Africa, tan floreciente al llegar, en 439, los vándalos a las playas de Cartago, y destruida casi exclusivamente cuando aniquilaron su poderío los bizantinos, en 540. Contaba *cuatrocientos setenta y seis obispos y siete provincias eclesiásticas* en los Estados de los vándalos: seis en tierra africana y una en Cerdeña e islas del Mediterráneo occidental. El pueblo católico dio pruebas de gran fervor y ejemplos heroicos, confesando la consubstancialidad del Hijo igual al Padre en medio de las mayores vejaciones e inauditos tormentos. El historiador diligente que recibió sus ejemplos y sus palabras fue el obispo *Víctor de Vite*. a) *Su vida*. Se ignora casi enteramente, y los pocos datos hay que deducirlos de su obra.

Acaso viese la luz en Cartago; de todos modos, vivía en la metrópolis africana en los días de la persecución decretada por Genserico entre 460 y 480. Sólo así se explica cómo Víctor de Vite sabe pormenores de los mártires que van al suplicio alegres, así como recogió sus

mismas palabras, y así como se les dio sepultura sin cantos ni ceremonias, pero entre lágrimas y sollozos de sus parientes y conocidos. Para él las iglesias todas son conocidas, lo son también las calles, las plazas y las puertas de Cartago, y cuando San Eugenio es aclamado obispo de la ciudad, también puede detallarnos pormenores que sólo un testigo ocular de los hechos escribirá años más tarde.

Acaso San Eugenio le confiera las órdenes sagradas, pero es cierto que el santo obispo de Cartago le comisionó para llevar limosnas, víveres y ropas a los obispos y clérigos que por miles salieron desterrados a los arenales de Mauritania por orden de Hunerico.

Por eso tiene tanto valor el libro segundo de su *Historia*, relato vivido, relato emocionante y lleno de realismo cuando describe los horrores de los calabozos, el hacinamiento de aquellos santos confesores de la fe sobre los estercoleros inmundos, y aquellas escenas tiernas de la abuela, que lleva de su mano al nietecito hasta el lugar del destierro, y de las tiples de Cartago, que prefieren los suplicios antes que dejar de cantar en las reuniones de los católicos, la compañía de los mártires a los juegos y caricias del palacio.

No sería tampoco extraño que Víctor de Vite tomase parte activa en las negociaciones de los legados o embajadores del Emperador bizantino, Zenón el Isaurico, para aliviar la suerte de los católicos de Africa, pues tantas veces mencionan las gestiones por ellos hechas ante el impío Hunerico, aunque poco o nada consiguiesen con su prisión y amenazas.

Al fin de la persecución de este Monarca salió desterrado Víctor de Vite a esas playas abrasadas de la Sierte, acompañando acaso al mismo San Eugenio, con otros muchos clérigos de Cartago.

En el destierro, y tal vez a ruegos de aquel insigne Prelado, escribió su obra de la *Persecución de los vándalos*, que debió terminar de vuelta ya a la capital de Africa, cuando Trasabundo concedió libertad a los católicos en 487; así se desprende de su relato, aunque no es fácil hacer más que un cálculo aproximado.

Fue consagrado obispo de Vite, pequeña ciudad de la provincia eclesiástica de la Bizacena (al sur de Tunicia, y siendo Prelado de aquella iglesia), falleció después de 489.

Su obra.— Parece que originariamente la dividió su autor en *cinco libros*; algunos manuscritos la parten en seis, y muchos editores sólo en tres, suprimiendo el libro III —*la Profesión de la fe de los obispos católicos presentada al Rey Hunerico*, compuesta por San Eugenio

de Cartago , y juntando en uno los libros IV y V.

El libro I hace un recuento general de las devastaciones cometidas por los vándalos al pasar de España al Africa, en 429, hasta la muerte de Genserico, en 477, en cuyo reinado ya se persiguió a los católicos. Los libros II, IV y V refieren la persecución de Hunerico, las abominaciones de este Monarca, de sus obispos y esbirros contra el episcopado, clero y fieles, bajando a pormenores de personas y describiendo minuciosamente las torturas más atroces y el odio de los arrianos contra los partidarios del *homoousios*, o sea de la igualdad de naturaleza de la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Complácese demasiado el autor en descender a detalles en los suplicios, en desmembrar los cuerpos de las víctimas, los horrores de las cárceles y de los desiertos, con un lenguaje enfático, sembrado de reminiscencias bíblicas.

Su estilo es claro y fluido, pero se transparenta el latín de un provinciano en algunas faltas de sintaxis e impropiedad de su léxico.

Rezuma toda la obra piedad y amor grande a los héroes de la fe. Sus mártires y sus mismas frases estereotipadas han pasado al Martirologio Romano que lee cada día la Iglesia en la Calenda de prima en catedrales, colegiatas y monasterios.

En los manuscritos de esta obra, algunos de fines del siglo IX y muchos de los siglos XI y XII, júntase el relato de los *Siete monjes que padecieron martirio en Cartago, reinando Hunerico, año 483*, atribuído a Víctor de Vite, pero que es de un anónimo contemporáneo suyo. Añadieron también la *Noticia de las provincias y ciudades de Africa*, o sea los nombres de los obispos que acudieron a Cartago a una disputa teológica el año 483; en ella se indican sus respectivas sedes y provincias. Es un documento preciosísimo para la historia eclesiástica del Africa en aquellos días.

Las provincias eclesiásticas eran las siguientes: Primera, Africa Proconsular; segunda, Numidia; tercera, Bizacena; cuarta Mauritania Cesariense; quinta, Mauritania Sitifense; sexta, Tripolitania, y séptima, Cerdeña y Baleares.

Bibliografía.— *Patr. lat.* t. 58, col. 126-435, con comentarios históricos en el que se hallan los manuscritos, ediciones y traducciones de la obra de Víctor de Vite hasta 21862; C. Halm, *Monumenta Germaniae hist. Auct. antiquiss.*, 3, t. I, Berlín 1879; M. Petschenig, *Corpus Vindobonense*, t. 7, Viena, 1881; F. Ferrère, "Langue et style de Víctor de Vite", en *Rev., de Philologie*, París, 1901; G. Ghedini, *Le*

clausole ritmiche nella Historia persecutionis Africae..., Milán, 1927; Di Capua, *Rev bíblica*, 1935, págs. 451 y siguientes. Se han hecho versiones de esta obra en francés, inglés e italiano. Para nuestra traducción hemos seguido la edición de Migne, de la *Patrología latina*, t., 58, col. 181-266, suprimiendo el Prólogo, que no es del autor de la obra, y el libro III, o sea a *Profesión de fe de los obispos de Africa*, pero incluyendo el *Martirio de los siete monjes que padecieron en Cartago*.

I

VICTIMAS DE LA PERSECUCION DE CONSTANCIA

(Testimonios de San Atanasio)

Constancio, hijo de Constantino, ocupó el trono imperial veinticuatro años (337-361), dominando en todo el Oriente, Egipto y parte de Italia e Iliria. Débil carácter y dominado por los obispos Eusebio de Nicomedia y Macedonio de Constantinopla, favoreció el arrianismo desde el comienzo de su reinado. Como los prelados herejes, sus consejeros, se declaró contra San Atanasio, el obispo de Alejandría, que personificaba la resistencia ortodoxa de toda la Iglesia desde los primeros días de la rebelión de Arrio contra su obispo San Alejandro por los años de 318. Atanasio padeció ya un destierro, en 335, en Tréveris, donde le deportó Constantino, deponiéndole de su sede de Alejandría, y el segundo, en 355; más tarde, imperando Valente, el tercero, en 366.

La norma de conducta de Constancio con los católicos y principalmente con los obispos y clérigos, era separarlos de la comunión y trato con San Atanasio; menos cruel que sus obispos eusebianos y eunomianos, no quería derramar sangre, pero sí alejar lo más posible a los seguidores de la doctrina del obispo de Alejandría: “Que mueran en los caminos, en los desiertos, en las fronteras del Imperio —solía decir aquel Príncipe—, donde no se sepan ni sus nombres, ni sus escritos pasen a poder de los ortodoxos.” “Martirios lentos y más gloriosos —le responderán los defensores de la fe de Nicea— estás proporcionando a tus víctimas con tu debilidad, no teniendo valor ni siquiera para oponerte a los caprichos de tus consejeros, enemigos declarados de la verdad”. Así se lo escribió San Hilario de Poitiers desde su destierro de las montañas de Frigia, donde estuvo recluido tres años por el único crimen de seguir a San Atanasio y la doctrina de la consubstancialidad del Verbo.’

“Cometes las mayores crueldades del mundo, sin incurrir en el odio de procurarnos muertes gloriosas. Con un artificio desconocido

hasta ahora y de nadie oído, te sirves del mismo demonio para tus victorias. Eres un perseguido, y no haces mártires. ¡Nerón, Decio, Maximiano, vosotros nos sois infinitamente más queridos, porque con vuestra ayuda vencimos al diablo! La sangre de los bienaventurados confesores de la fe hala recogido el mundo entero con honor, y sus milagros nos ganan la veneración y el respeto. Pero tú eres peor que esos tiranos; tú haces mayor mal que ellos, y no nos dejas excusar nuestras faltas. Nos haces caricias primero y después nos matas, y con decir que eres cristiano, está todo acabado.

“Extingues la fe de Jesucristo y no dejas a los apóstoles la excusa de que fueron maltratados y torturados cuando Dios les juzgue. En tu reinado, los que caen son inexcusables, y los que sufren no son mártires. Tu padre, el diablo, que conoce bien el arte de asesinar, te ha enseñado a vencer sin resistir ni combatir, a matar sin esgrimir la espada, a perseguir sin que te saquen los colores, a odiar sin patentizar tu saña, a mentir sin darlo a entender, a confesar la fe sin tenerla, a hacer caricias siendo tu un desamorado, a hacer lo que tú quieres sin que se sepa que lo deseas...

“Hasta ahora, tus padres (Nerón, Decio, etc.) combatieron sólo a Cristo; pero tú luchas contra Dios Padre para hacerle mentiroso, para decirle que embaucó, afirmándose de sí lo que no era, como si no pudiese serlo, pues dijo: *Yo y el Padre somos uno, y creed a mis obras, porque el Padre está en mí y yo en él*. Reprendes a Cristo como si no hubiera dicho la verdad, y al Padre al confesarle Dios. Corrige a Dios siento tú hombre; tú, corrompido, enmiendas a la Vida; tú, obscuridad y tinieblas, iluminas el día; sin fe, tú la predicas; sin tener devoción, la vendes; estás engañando al mundo entero; niegas en Dios lo que él afirmó ser”. (Libro I, *Contra Constantino imp.*, núms. 8 y 9).

1.º LOS PADRES DE LOS PUEBLOS Y MAESTROS DE LA FE, ARREBATADOS DE SUS IGLESIAS.

A punto de ponerme en camino y de dejar esta soledad³, llegó a mis oídos un rumor que me llenó de estupefacción. Al principio no lo creía posible, pero después resultó verdad todo. Corría por todas partes la noticia de que habían desterrado de sus iglesias al obispo de Roma Liberio (el Papa Liberio), a aquel gran obispo de las Españas Osio; a Gaulino, de las Galias; a Dionisio y a Eusebio, de Italia (San

Dionisio de Millán y Eusebio de Vercelli); a Lucífero de Cagliari, de Cerdeña, y otros prelados, sacerdotes y diáconos que se habían negado a suscribir contra mí. Que les habían llenado de las injurias más graves; se les había hecho violencia, y la mayor violencia, hasta que prometiesen y jurasen que no tendrían comunicación conmigo, a Vicente de Capua, Fortunacio de Aquileya, Heremio de Tesalónica y a todos los obispos de Occidente.

Poniendo yo en duda todo esto, y admirándome de ello, me llegó otro parto, es a saber: que se había perseguido en Egipto y en Libia a casi los noventa obispos que allí moran; que habían sido entregadas sus iglesias a los secuaces de Arrio; que habían expulsado y desterrado a dieciséis prelados, y que otros tantos se habían fugado voluntariamente o que se les había forzado a simular la fuga. Y contaban que era tan atroz la persecución (que habían movido los herejes), que mientras los católicos de Alejandría, el día de Pascua y en los domingos, rezaban en un lugar apartado junto al cementerio, un capitán, al mando de más de tres mil hombres, les habían hecho esgrimir las armas contra ellos, espadas, cuchillos y también dardos, y que se cometieron allí tantas atrocidades como las que suelen suceder en una invasión de esa clase: allí se atropelló a las mujeres y a los niños, que no habían cometido otro crimen que el de rezar a Dios...

Tanta fue la crueldad, que se llegó a desnudar a las vírgenes, y a los cadáveres de aquellos que murieron víctimas de los golpes y azotes no se les enterró inmediatamente, sino que los dejaron expuestos a los perros hasta que sus familiares, con grave peligro, fueron a llevárselos a escondidas y cuidando por todos los medios que no se supiese que los habían robado.

Se han cometido crímenes tales, que parecerían increíbles, y su atrocidad aterraría a todos. Pero es necesario decirlos para que aprendan tu piedad y la solicitud que debes tener de las cosas de Jesucristo, porque sus acusaciones y calumnias no miran más que a perturbar las Iglesias y a propagar su religión impía (su secta impía). Pues una vez que hayan sido expulsados o hayan marchado los verdaderos y ancianos pastores, después los paganos y catecúmenos que ocupan los primeros escaños en el senado, y son más conocidos por sus riquezas, aprenderán la doctrina de la fe de los arrianos, en vez de los cristianos (católicos). No se encuentra ya, como lo manda el Apóstol, un solo prelado que sea *irrepreensible* (I. *Timot.*, III, 2), sino que, a imitación del impurísimo Jeroboán, el que más oro da a aquel se le nombra

obispo. (III, *Reg.*, XII, 31). A los impíos no les importaba que sea pagano con tal de que les entregue a manos llenas el oro. Han arrojado a los obispos ordenados por Alejandro, desterrado a los monjes y a los cenobitas. Aquellos inventores astutísimos de calumnias han violado todas las leyes de la Iglesia y manchado todos los templos... con ellos parece que reza aquello de la Escritura: *¡Ay de aquellos por quienes mi nombre es deshonrado entre los gentiles!* (*Rom.*, II, 24)⁴. (*Apología ad Constantium imperatorem*, números 27 y 38.)

... Contaré todavía más crímenes y destierros... “¿Qué lugar hay en la tierra que muestre ya alguna huella de su maldad (de los arrianos)? ¿Contra qué persona a quien ellos hayan creído adversa, movidos por el ejemplo de Jezabel, no han conspirado? ¿Qué iglesia hay que no esté de luto por la enemiga de sus obispos? Antioquía llora por Eustasio, confesor de la fe, hombre ortodoxo; Balanea, por Eufracio, varón admirable; Palto y Antarado lamentan a Cimacio y Carterio; Andrinópolis, a Eutropio, muy amado de Cristo, y además, se quejan también de Lucio, que, por obra de sus obispos, llevó las cadenas y murió en la cárcel. Gimen los de Ancira por Marrelo; Berea está inconsolable por Ciro, y Gaza también gime por Aselepa. Y a estos hombres, *aquellos otros, llenos de dolo después de hartarlos de afrentas*, procuraron lanzarlos al destierro. A Teódulo y a Olimpio, obispos de la Tracia, a mí y a mis sacerdotes, ellos mismos dieron la orden de prendernos, con intento de decapitarnos. Y así hubiera yo acabado mi vida, a no haber escapado, contra su parecer, de sus manos. Pues esa sentencia traían sus cartas al procónsul Donato contra Olimpio, y las que enviaron a Filagrio contra mí”. (*Apología de fuga sua*, números 3 y 4).

Ahora bien: saciados con tantos crímenes, ¿descansaron y se pararon ahí? De ningún modo. No cesaron; como las sanguijuelas, de las que dicen los *Proverbios* (cap. XXX, 15) se ensañan cada vez más, así ellos atacan a las mayores cristiandades de los católicos. ¿Quién sería capaz de narrar todos sus desafueros, y quién decir los actos que han ejecutado contra todos nosotros?...

“Del Egipto y de la Libia desterraron a los obispos Amonio, Muio, Gayo, Filón, Hermeh, Pienio, Senosirio, Nilamón, Agatón, Anaganfo, Marco, otro marco y otro segundo Amonio, Draconcio, Adelgo y Atenodoro, y a los presbíteros Hierax y Dióscoro, a quienes arrojaron con tan pocos miramientos, que unos murieron en el camino y otros en el lugar de sus sedes, y su cuidado, como en otro tiempo el de

Acab, fue desterrar la verdad, fuese como fuese. Estos son los grandes atropellos de esos impíos. Hacen esto y no se corren de cometer tales males contra nosotros, y contra mí, en particular, me echan en cara que me he fugado de sus manos sanguinarias; qué digo, si les pesa de no haberme quitado delante, y me acusan de timidez, sin caer ellos en la cuenta de que murmurando de mí, todavía se hacen más criminales.” (*Ibídem*, núm. 7).

2.º a) “AQUEL GRANDE VARON, VERDADERAMENTE OSIO, ES DECIR, SANTO”, ES PERSEGUIDO POR CONSTANCIO

Osio, obispo de Córdoba, presidió los Concilios de Nicea (325), Alejandría y Sárdica y otros fue con San Atanasio el gran paladín de la ortodoxia católica y de los derechos del Romano Pontífice. Sufrió persecuciones de parte de Constantino, a pesar de considerarle como su mejor mentor, y de Constancio, que acaso le hizo claudicar a la edad de cien años (257-359).

“Después de tantos y tan grandes crímenes, los impíos creyeron que no habían hecho nada mientras Osio no hubiese experimentado su maldad; procuraron, por tanto, el modo de hacer llegar hasta él su saña, sin tener miramientos al padre de los obispos ni al confesor de la fe, ni al tiempo que llevaba de episcopado, más de sesenta años; cerrando los ojos y olvidando todo esto, sólo se fijaron en el provecho de su secta: como hombres que no tienen temor de Dios ni respeto alguno al hombre. Yendo, pues, a entrevistarse con Constancio, le hablaron los obispos en estos términos: No hemos hecho nada; es cierto que se ha enviado al destierro al obispo de los Romanos, y antes que a él, a muchísimos más; hemos llenado de espanto a todo el mundo; mas de nada nos servirá lo hecho, en nada habremos acertado, mientras Osio quede con vida. En tanto que él esté con los suyos, en sus iglesias todos le permanecerán incondicionales, pues es capaz, con su palabra y con su fe, de armar a todos contra nosotros. Este Osio es quien suele presidir los concilios, y todos se pliegan a lo que él escribe: él redactó el credo de Nicea, y él nos delató como arrianos. Así, pues, quedando él, inútil es desterrar a los demás; sin mucho tardar, desaparecerá nuestra religión arriana. Es necesario que empiecen por perseguirle a él, no reparar en que sea ya anciano, que nuestra

religión no sabe lo que es respetar la blancura de las manos de los ancianos.

Oídas estas razones, el Emperador, sin pérdida de tiempo, y conociendo aquel hombre y su rectitud, le escribió mandándole que se presentara en su presencia a la sazón en que empezaba a perseguir a Liberio. Llegado Osio ante el Emperador, le rogó y exhortó éste, con la palabra con que solía hacerlo a otros, para que escribiese contra mí y que comunicase con los arrianos. Pero el anciano, quien aun al oír hablar de tal cosa hubiera llevado a mal, mucho más de que se hubiese atrevido a proponérselo, echó en cara a Constancio tal proceder y le disuadió de su propósito, y sin más, se volvió a su iglesia y a su tierra.

Lamentándose y murmurando los herejes otra vez con más atrevimiento, los eunucos llegaron hasta amotinarse, y entonces Constancio tornó a escribirle y conminarle. Ahora Osio fue injuriado, pero no cambió de parecer cediendo al miedo de sus asechanzas; permaneció firme en su modo de pensar, como quien había construido la casa de su fe sobre roca bien firme, despreciando las amenazas de sus cartas, poco más consistentes que las aguas y burbujas de agua, y habló con toda claridad en contra de la herejía. A las varias misivas que le dirigió Constancio, en las que unas veces le adulaba como a padre, y le amenazaba otras y le traía a la memoria a tantos y tantos prelados desterrados y le decía: ¿Tú sólo vas a permanecer contrario a los arrianos? Obedece y toma la palma contra Atanasio, porque el que escribiere contra él, estará abiertamente de parte nuestra, con los arrianos. Osio no demostró la menor señal de miedo, y , aunque le abrumaron de calumnias, escribió esta carta que he leído yo y escribo a continuación aquí.”

b) CARTA ADMIRABLE DE OSIO A CONSTANCIO, QUE LE COSTO EL DESTIERRO.

“Yo confesé a Cristo ya una vez, cuando tu abuelo Maximiano suscitó la persecución. Y si tú me persiguieres, pronto estoy a padecerlo todo antes que derramar sangre y ser traidor a la verdad. De ningún modo puedo aprobar tu conducta, ni tus escritos, ni tus amenazas. Deja, pues, de escribir semejantes cosas; no seas del parecer de Arrio ni des oídos a los orientales, ni creas a Ursacio y a Valente,

porque lo que éstos charlan no lo dicen por favorecer a Atanasio, sino a su herejía. Créeme, Constancio, que por la edad podía ser tu abuelo. Estuve en el Concilio de Sárdica⁵, cuando tú y tu hermano Constante, de buena memoria, nos convocasteis a todos. Yo mismo invité a los enemigos de Atanasio, cuando entraron en la iglesia donde yo estaba, a que dijeran si tenían algo de que acusarle. Les di seguridad y promesa de que de mí no oírían más que una sentencia justa. No una, sino dos veces insistí, exhortándoles que si no querían hablar delante de toda la asamblea de los padres, que lo hicieran delante de mi solo. Y les prometí también que si el hombre (Atanasio) resultaba culpable, le arrojaríamos sin miramiento de nuestra compañía. Más aún: si probaba que erais unos falsarios acusadores; si, a pesar de todo, le rechazabais, le persuadiría yo que marchase conmigo a España. A todo esto se avenía Atanasio sin repugnancia; mas ellos, no teniéndoselas todas consigo, lo rechazaron de plano. Llamado segunda vez, Atanasio acudió a tu cuartel general, al escribirselo tú así, y él rogó que se llamase a todos y cada uno de sus contrarios a Antioquía, para que le acusasen o les convenciese él y no anduviesen hablando mal a sus espaldas. A pesar de que tú apoyaste el proyecto, ellos se negaron. Pues, ¿por qué ahora das oídos a sus detractores? ¿Cómo es que toleras a Ursacio y a Valente, que se arrepintieron y confesaron por escrito la calumnia que le levantaron? Y digo que lo confesaron, no por la fuerza ni constreñidos, como ellos dicen, por los soldados que les violentaban, sin saberlo tu hermano, —porque en su mando no pasaban tales cosas como las que ahora ocurren— sino que fueron ellos a Roma y espontáneos redactaron su confesión ante el Papa y los presbíteros, habiendo enviado antes a Atanasio una misiva afectuosa de paz. Pero si alegan que se les infirió violencia y lo tienen como ilícito, si tú no eres de parecer que existió tal coacción, no violentes a nadie, ni por cartas ni con legados; por el contrario, restituye a los desterrados a sus sedes, no sea que al quejarte tú de la violencia, tomen ellos pretexto para hacerla mayor.

Constante, ¿se portó de este modo? ¿A qué obispo lanzó de su iglesia? ¿Cuándo se mezcló en los juicios de los eclesiásticos? ¿Qué ministro suyo le hizo fuerza para que suscribiese contra nadie, como Valente y su compañero andan propalando? Desiste, te lo ruego, y acuérdate que eres hombre mortal; teme el día del juicio y consérvate sin culpa para aquel día. No te entrometas en negocios de la Iglesia, ni sobre estas cosas nos des precepto ninguno, sino aprende esto de

nosotros. A ti te dio Dios el imperio, y a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que usurpa el imperio resistirá a la ordenación divina, así tu teme incurrir en un horrendo crimen si te abrogas el gobierno de las cosas de la Iglesia. Está escrito: *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*. (Mat., XXII, 21). Por tanto, ni nosotros podemos mandar en el mundo ni tú tienes potestad para ofrecer las cosas sagradas.

Te escribo esto porque miro por tu salvación. Respecto de lo otro de que me hablas en tu carta, este es mi parecer. No me junto de ninguna manera con los arrianos; antes, por el contrario, anatematizo su herejía. No suscribo contra Atanasio, a quien yo y la Iglesia Romana, y toda la asamblea (de Sárdica), declararon inocente. Pues tu mismo, sabiendo todo esto, llamaste a este hombre y le concediste el que volviera a su iglesia y a su patria con toda honra. ¿Cuál es la causa de tanta mudanza? Porque sus enemigos de hoy son los mismos que fueron ayer, y lo que ahora murmuran detrás —porque delante no se atreven—, lo decían antes que tú llamasas a Atanasio y viniese el Concilio. Mas cuando yo, como antes decía, les pedí que probasen sus afirmaciones, no fueron capaces, pues, si hubiesen tenido razones para hacerlo, no hubieran huído tan cobardemente. ¿Quién te ha hecho olvidar, después de tan largo tiempo, las razones de tus cartas, y de tus palabras? Contento, te lo suplico, y no te portes como los malos, para que no te hagas reo de sus maquinaciones, porque de las condescendencias que ahora tienes has de dar cuenta en el día del juicio. Quieren ellos perjudicar a su enemigo valiéndose de ti, hacerte ministro de su maldad para esparcir por toda la Iglesia su execrable herejía. No es obrar como prudente el arrojarse al peligro cierto para ayudar al mal ajeno. Te lo vuelvo a rogar: quédate tranquilo, obedéceme, Constancio. Esto es deber mío escribírtelo, y el tuyo, no despreciarlo”. (*Historia Arianorum ad Monachos*, números 42-44).

c) ¿CAIDA DE OSIO EN LA HEREJIA?

NOTA.— Esta carta costó a Osio un año de destierro en Sirmio (Mitroviza, hoy ciudad de Yugoslavia), y allí recibió tantos ultrajes y golpes que, a decir del mismo San Atanasio, su panegirista, acabó por ceder y entrar en relaciones con Ursacio y Valente, los corifeos entonces de la herejía arriana. Sin embargo, parece que nunca llegaron a

esclarecerse esta claudicación y caída de Osio en el arrianismo, porque los textos de S. Atanasio han sido interpolados, según los más autorizados escritores. A continuación reproducimos las palabras del Santo Doctor, para que se vea la saña de los obispos arrianos contra Osio y la debilidad de Constancio, juguete de sus favoritos.

“Pues, aunque atemorizado Osio por breve rato con las amenazas de Constancio, pareció no resistirlas; sin embargo, la gran violencia y tiránico poder de Constancio y los numerosos ultrajes y golpes, demuestran (*faciunt*) que cedió a los arrianos por un tiempo (*ad tempus*), no porque a mí me creyera reo, sino porque, dada la debilidad de su vejez, no pudo resistirlos. Sería justo que todos, cerciorados de este hecho, odiasen y detestasen sobremanera aquella injusticia y violencia inferida a mí, teniendo en cuenta, sobre todo, que es evidentísimo que no sufrí esos males más que por causa de la impiedad de los arrianos.” (*Apología contra Arrianos*, núm. 89.)

“Sería poco menos que inútil hablar de aquel grande varón de feliz ancianidad, verdaderamente Osio, es decir santo; quizá todos saben que también a este hombre le echaron ellos al desierto. ¿Qué concilio hay que no haya presidido él? ¿Cuándo con sus palabras, llenas de sabiduría, no arrastró a todos a su modo de pensar? ¿Qué iglesia existe que no guarde algún recuerdo suyo insigne? ¿Alguien se acercó nunca a él triste que no saliese de su presencia llevando la alegría? ¿Qué necesitado le pidió algo y no marchó de su presencia satisfecho? Y, sin embargo, los eusebianos se atrevieron a molestar a un hombre tan grande; se negó a suscribir lo que contra mí maquinaron, por desconocer las calumnias que inventa su malicia. Pues aunque, finalmente, por la violencia de los golpes con que, cruelísimamente y sin medida, le despedazaron y las conspiraciones urdidas contra sus parientes, como anciano y débil de cuerpo, cedió por un momento a los arrianos (*ad quoddam temporis spatium*); sin embargo, esto pone de manifiesto la maldad de aquellos que lo ejecutaron, pues no se preocupan más que hacer ver que no son verdaderos cristianos.” (*Apología de fuga sua*, núm. 5).

“Al oír al Emperador Constancio, patrocinador de la impiedad y la herejía, y sobre todo, al comprobar que otros obispos en España, y el mismo Osio, eran de mi parecer, los persiguió para que suscribiesen, y como no lo lograrse por la fuerza, llamó junto a sí a Osio, a quien, como desterrado (*exilii vice*), le retuvo en Sirmio un año ente-

ro, aquel hombre, falto del temor de Dios; aquel malvado, sin afecto de padre hacia Osio; aquel hombre inhumano, que no veneró su ancianidad, pues contaba ya cien años. Todo esto ejecutó, en gracia de la herejía, aquel nuevo Acab y otro Baltasar de nuestro siglo. Tanta violencia hizo al anciano y tanto tiempo le detuvo a su lado, que, oprimido por los malos tratos, comunicó a duras penas con Valente y Ursario (año 357), pero no suscribió contra Atanasio. Mas no olvidó este acto el anciano, porque, estando para morir, declaró como en testamento que le habían violentado, y anatematizó la herejía arriana y prohibió que la abrazasen.”

“Quien, al ver esto o sólo con oírlo, no se llenará de horror y exclamará: ¿Entregarás acaso a Israel a la ruina? (*Ezequiel*, XI, 13). ¿Quién, al conocer todas estas maldades, no dirá al Señor: Cosas horribles, que espantan, han sucedido en el mundo (*Jeremías*, V, 30), y “el cielo se horrorizó de ello y la tierra se admiró en gran manera” (*Jerem.*, II, 12)? Los padres de los pueblos y los maestros de la fe son arrebatados del medio de nosotros y los impíos invaden las iglesias.” (*Historia Arianorum ad Monachos*, números 45-46).

3.º MARTIRIO DE SAN PABLO, OBISPO DE CONSTANTINOPLA, AÑO 351.

(Su fiesta a 7 de junio).

“Creo que nadie ignora lo que se refiere a Pablo, obispo de Constantinopla; cuando más conocida es la ciudad, menos dejan de saberse las cosas que allí pasan. Pues contra éste también inventaron calumnias. Delante de mí mismo le acusó Macedonio, a quien en su lugar habían hecho obispo, y eso que antes había pertenecido a su partido y había sido ordenado sacerdote por Pablo. Sin embargo, ya estaba Eusebio, obispo de Berito, que para estas fechas se había trasladado a la sede de Nicomedia, con ansias de apoderarse del obispado de Constantinopla, y la acusación de Macedonio prosperó, y ambos tramaron asechanzas contra él y le levantaron cargos enteramente falsos ⁶.

Ya había sido relegado antes por Constantino al Ponto; pero ahora, cargado de cadenas por orden de Constancio, se le desterró a Sinagaris de la Mesopotamia; de allí le llevaron después a Emesa y, por cuarta vez, a Cucusa de Capadocia, en los desiertos del Tauro, y

en esta ciudad, como lo contaron los que estaban entonces con él, ellos mismos le estrangularon ⁷.

Cometido este crimen sin vergüenza ninguna, aquellos hombres, mentirosos en todo, después de fallecido el obispo, divulgaron falsa y astutamente que había muerto de enfermedad, aunque era cosa bien conocida de todos los que allí moraban. Pues Filagrio, a la sazón vicario en aquellos lugares y el farsante de todas estas fábulas, según ellos decían, corrido y lleno de tristeza de que otros, y no él personalmente, hubiesen cometido el crimen, este Filagrio dijo a muchos y a algunos de nosotros, y aun al obispo Serapión, que tuvieron a Pablo encerrado en estrecho y obscuro calabozo para que en él muriese de hambre; pero que, yéndole a ver a los seis días y encontrándole todavía con vida, echándose sobre él, le ahogaron, y que no fue otro su fin. Y decían que su verdugo había sido Felipe, el antiguo prefecto.

Mas no dejó Dios sin castigo un crimen tan nefando, porque antes de transcurrir el año, con la mayor deshonra para él, quitaron la prefectura a Felipe, manera que como un particular fue objeto de burla por parte de los que él odiaba. Así, muy triste, gimoteando y lleno de temor, como otro Caín, cuando esperaba que algún día alguien, lejos de su patria y de sus parientes, le quitase la vida a puñaladas, admirado de que nadie se dignase hacerlo, murió miserablemente.

Por lo demás, ellos no perdonan ni a los mismos muertos a quienes en vida acosaban con sus calumnias. Y así tratan de mostrarse más terribles a todos, desterrando a los vivos, sin moverse a compasión con los difuntos; pero, qué digo, contra la costumbre natural de los mortales, aquellos hombres inhumanos, enemigos de los buenos y más salvajes que los enemigos más desalmados, odian a los muertos y se ensañan con ellos, inventando calumnias falsas, acusaciones amañadas por ellos contra nosotros y contra todos.” (San Atanasio, *Historia Arianorum ad Monachos* núm. 7.)

NOTA.— Macedonio, el obispo arriano intruso de Constantinopla, causó la muerte a más de mil católicos de la ciudad acusados por él al emperador y entregados al prefecto. Persiguió con particular saña a los familiares de San Pablo, entre ellos a sus dos notarios, Martirio, subdiácono, y marciano, cantor y lector. Sufrieron generosamente la muerte, siéndoles segadas sus cabezas por la espada del verdugo, junto a la puerta llamada Melandesa. Su fiesta la conmemora el Martirologio Romano el 25 de octubre.

4.º MARTIRIO DE MUCHOS CRISTIANOS DE ALEJANDRIA SACRIFICADOS EN UNA REVUELTA CAPITANEADA POR EL HEREJE SIRIANO.

(Año 353) ⁸

Carta del pueblo alejandrino de la Iglesia católica, que está sujeta al reverendísimo obispo Atanasio, al Emperador Constancio:

“Hemos contestado ya comunicándoos el atropello que se cometió durante la noche contra nosotros, invadiendo el *Ciriaco* ⁹, aunque no se necesitaba contestación alguna sobre asunto tan conocido y bien probado en toda esta capital. Se expusieron al público los cadáveres de las víctimas y se encontraron las armas y dardos en el mismo Ciriaco; ellas delataron el crimen.

Después que escribimos, el excelentísimo capitán Siriaco violenta a todo el mundo para que declare con él que no ha existido tal tumulto ni ha muerto nadie, y por cierto que así lo cree, según aseguran aquí el muy bondadoso Emperador Constancio. Mas no temería él por lo ocurrido si se lo hubiesen mandado ejecutar, porque, rogándole de palabra nosotros que no cometiese violencia alguna ni negase los hechos, nos hizo moler a palos, siendo cristianos y todos como somos. Con esto probó hasta la saciedad que había atacado a nuestra Iglesia. Volvemos a dar contestación al Emperador, estando ya preparados algunos de los nuestros para entrevistarse con él. Os juramos, pues, por Dios omnipotente y por la salud del muy piadoso Emperador Constancio, que Máximo, prefecto de Egipto, y los que presenciaron los actos, digan todo lo sucedido al clemente Emperador y a los poderosos prefectos, dignos de todo respeto. Conjuramos también a los marinos todos que refieran detalladamente y por doquier, a los oídos del Emperador, ante los prefectos y magistrados de las ciudades, que ha estallado un complot contra las iglesias; nadie, absolutamente nadie lo ignora: en los días del reinado de Constancio, Siriano ha martirizado a vírgenes y a muchas personas.

Al amanecer del 28 de enero, o sea el 14 del mes de Mechir, estando nosotros en los maitines de la basílica de Ciriaco (pues era la víspera de una fiesta solemne), a eso de media noche, cayó de improviso sobre todos los que allí estábamos en la iglesia el prestigioso militar Siriano con muchas centurias de soldados, provistas de armas, esgrimiendo espadas, bien pertrechados de saetas y protegidos con

cascos. Mientras rezábamos, y al acabar las lecturas, rompieron ellos las puertas. Y abiertas de par en par por la multitud, que invadió la iglesia por orden de Siriano, unos legionarios dispararon saetas, otros arengaron y muchos chocaron las armas e hicieron brillar las hojas de las espadas a la luz de las lámparas.

Poco después, ya dentro el pelotón de los milites cayeron rodando los jóvenes y muchos otros en confuso montón, y los hombres sucumbieron heridos por las espadas. Algunos soldados, convertidos en verdaderos saqueadores, desnudaron a las jóvenes y vírgenes, para quienes era más cruel que la misma muerte el más mínimo tacto impúdico de aquellos desalmados.

Pues bien, el obispo (Atanasio), sentado en su trono pontifical, nos exhortaba a orar. Venía el capitán acompañado del notario Hilario, muñidor de todo lo que demostraron los hechos. Raptaron al obispo, al que faltó poco para deshacerle. Cayó desmayado y medio muerto, y no sé cómo se ocultó a sus ojos, pues trataban de matarle. Después de esto, cuando ya vieron a muchos tendidos, muertos, mandaron a los soldados que apartasen los cadáveres y los ocultasen. Las vírgenes santísimas que habían caído muertas fueron sepultadas y consiguieron el martirio en los mismísimos días del muy piadoso Constancio. A los diáconos en el mismo Ciriaco los molieron a golpes y los remataron.

No paró aquí sólo su horrendo crimen, porque después cada cual a su antojo destrozaba la puerta que podía para entrar y robar; se atrevieron a poner sus pies donde no a todos los cristianos les está permitido entrar. Lo sabe muy bien todo el prefecto de la ciudad, Gorgonio, que estaba allí presente. Señal patente de esta irrupción a mano armada en la iglesia, con dardos y dagas, son las armas que penden todavía de las paredes del Ciriaco, para que no lo puedan negar. Muchas veces los soldados han mandado a Dinamio y al capitán que quiten todo esto; pero todavía no lo hemos permitido, hasta que todos se enteren. Por tanto, si aquel edicto es para que se nos persiga, preparados estamos a sufrir el martirio; si, por el contrario, no es esa la voluntad del Emperador, rogamos al prefecto de Egipto, Máximo, y a todos los magistrados, que le supliquen no vuelvan a repetirse cosas semejantes. Le suplicamos también que le presente nuestro ruego de que no traten de ponernos otro obispo; nos hemos resistido hasta morir por nuestro amor al reverendísimo Atanasio, al que Dios nos dio al principio para suceder a nuestros Padres y a quien el mismo

Constancio nos le volvió escribiéndonos y prometiéndonos con juramento conservarle.

Esperamos, pues, si este documento se presenta a su piedad, que sentirá lo ocurrido y que no admitirá ni mandará nada contra lo que nos ha jurado de que se quede con nosotros nuestro obispo Atanasio. A los cónsules que sean nombrados después del consulado de los excelentísimos Arbeción y Colanio, 17 del Mechir, que es el 12 de febrero.” (San Atanasio, *Historia Arianorum ad Monachos*, núm. 80; *P. G.*, tomo 25.)

II

LA PERSECUCION VALENTE

La persecución de Juliano el Apóstata (361-363) impuso una tregua a la lucha entablada, hacía cuarenta años, entre arrianos y católicos; para no sucumbir hubieron de deponer sus odios y cortar disputas teológicas interminables. Al sentarse Valente en el trono de Constantinopla (364) estalló otra vez la persecución. Era Valente un ministro hábil en el ramo de la hacienda del Estado, cuando le levantaron los soldados a la primera magistratura, pero sin formación religiosa, supersticioso y siempre recelando de todos. Eunomio, un hombre plebeyo, contrahecho, leproso y encanijado, pero elocuente, sofista y audaz, dominó a Valente y le inspiró su odio a los católicos; y a él se debe el ostracismo que padecieron los grandes doctores de la Iglesia en aquel reinado. Eudoxio, obispo arriano de Constantinopla, que gobernó de hecho el imperio a la muerte de Eunomio, fue más violento que él en su persecución contra los ortodoxos de la fe de Nicea, y se rodeó de soldados y prefectos audaces y descreídos. Catorce años duró la lucha de exterminio contra los católicos y fueron numerosísimas las víctimas sacrificadas por negarse a abrazar la secta arriana, empleándose contra ellas más refinamiento de tormentos que los que usaron los césares paganos para hacer adorar a sus ídolos a los confesores de Jesucristo.

Los textos que a continuación transcribimos son el testimonio más elocuente de lo que fue la lucha en aquel tiempo.

1.º CARTA DE SAN BASILIO A LOS OBISPOS DE OCCIDENTE.

“... ¿Qué sucede, pues, que no nos llegan cartas de consuelo, ni la visita de los hermanos, ni nada de lo que se nos debe por el amor? Ha ya trece años que nos ha declarado la guerra la herejía; en ella han venido sobre las iglesias mayores calamidades que las que anuncia el Evangelio de Jesucristo han de sobrevenir al mundo. No es que las queramos referir, para que nuestras pobres palabras no exciten vuestros nervios, y tampoco porque lo juzgamos innecesario, ya que la voz común ha hecho llegar hasta vosotros la verdad de los hechos.

En resumen, la guerra es ésta: el pueblo fiel, desposeído de sus iglesias, tiene que celebrar los misterios en los desiertos. ¡Triste espectáculo! Mujeres, niños, ancianos, los enfermos de cualquier dolencia tienen que aguantar a la intemperie las lluvias torrenciales, las nieves, los vientos, los hielos, e igualmente en el estío los ardores del sol. Y lo soportan por negarse a participar de la levadura de los perversos arrianos.

No sabemos cómo expresarnos con toda claridad; sería necesario que lo experimentaseis, que lo viesen vuestros ojos, para excitaros a compasión. Así, pues, os pedimos que alarguéis vuestra mano a las iglesias de Oriente, postrados ya de rodillas, y nos enviéis a alguien que nos recuerde los premios que tiene Dios reservados por los males que por El se sufren. Pues no suele consolar tan eficazmente la palabra ordinaria como una voz extraña, sobre todo cuando viene de personas conocidas en todas partes, por gracia de Dios, como sois vosotros, y de quienes pregona tan alto la fama que habéis permanecido incontaminados en la fe y guardáis inviolable el depósito de los apóstoles. No sucede así entre nosotros: aquí hay quienes, por figurar y, más que nada, por el orgullo que trastorna las almas, siembran las novedades de ciertas expresiones; por eso, cuarteadas las iglesias cual vasos quebrados, reciben la corrupción herética que en ellas se infiltra. Pero vosotros, amadísimos y afectísimos hermanos nuestros, que sois, ciertamente, médicos de los enfermos y consejeros de los sanos, vosotros volved a la salud a quien no la tiene, y a quien la disfruta, excitadle, animadle a ser mejor.”

2.^o CARTA A LOS MUY RELIGIOSOS Y CARISIMOS HERMANOS Y CONMINISTROS DE UN MISMO PENSAR, LOS OBISPOS DE LAS GALIAS Y DE ITALIA, BASILIO, OBISPO DE CESAREA DE CAPADOCIA ¹⁰.

“Nuestro Señor Jesucristo, habiéndose dignado llamar a toda la Iglesia de Dios su mismo cuerpo y a cada uno de nosotros hacernos miembros de los demás, también nos obligó a preocuparnos de todos en la medida de la concordia de los miembros. Por tanto, aunque por los lugares vivamos muy separados, mas por razón de la unión, estamos muy próximos unos de otros. Pues así como la cabeza no puede decir a los pies: “No os necesito”, así tampoco vosotros, ciertamente, nos abandonaréis como a extraños, sino que os doleréis de nuestros males, males que sufrimos por causa de nuestros pecados; lo mismo que nos regocijamos nosotros con vosotros de que vivís en paz, gracia que debéis al Señor.

Ahora bien, en otras ocasiones hemos recurrido a vuestra amistad para que nos ayudaseis y compadecieseis de nosotros; mas porque, cierto, no se había llenando la medida de la venganza, no estabais en disposición de escucharnos para venir en socorro nuestro. Os pedimos encarecidamente que hagáis saber, por compasión, a vuestro Emperador nuestros trastornos; pero si esto no fuera posible, que vengan algunos de vosotros para que se enteren y consuelen a los afligidos y vean con sus ojos las miserias del Oriente, que no pueden oír con sus oídos, pues no hay palabra que sea capaz de expresar lo que nos está sucediendo.

2.^o Nos ha aprisionado la persecución, amadísimos hermanos, y entre las persecuciones, es la más grave y apremiante. Pues se persigue a los pastores para dispersar a las ovejas. Y, lo que es más grave, ni los perseguidos sufren como mártires, ni los pueblos les consideran como luchadores, porque los verdugos se escudan con el nombre de cristianos: Hay una acusación que se castiga ahora terriblemente: la guarda fiel de las tradiciones paternas. Por esto se envía al ostracismo a las personas piadosas y se las recluye en los desiertos. La blancura de las canas no la respetan los jueces de la iniquidad, ni la ascesis de la piedad, ni el tenor de vida santa que se ha llevado desde la juventud observando el Evangelio. A ningún desuellacaras se le condena sin causa; en cambio, condena a los obispos por sólo delación falsa, y, sin aducir muestra ninguna de culpabilidad, se les entrega a los suplicios.

Algunos ni siquiera conocieron acusadores, ni vieron los tribunales, no los delataron ni por asomo, sino que en la oscuridad de las noches, arrastrándoles a la fuerza, les lanzaron fuera de la patria, dejándoles expuestos a la muerte, a las incomodidades del desierto. Lo que sigue de esto a todo el mundo es manifiesto, aunque lo callemos nosotros: que huyen los sacerdotes y los diáconos y todo el clero. Es preciso o hincar la rodilla ante la imagen, o entregarse al fuego malo de los azotes. Llantos de los pueblos, gimoteo continuo dentro y fuera de las casas, lamentando todos mutuamente sus propios males. Nadie hay que tenga un corazón de piedra, a quien, si le arrebatan a su padre, sufra la orfandad sin inmutarse. Ecos de gemidos en la ciudad; ecos en los campos, en los caminos, en los desiertos. Sola la voz lastimera y oculta de los que se quejan. Han desaparecido el contento, la alegría del alma. En llanto se han trocado nuestras fiestas; las casas de oración hanse cerrado, y vacíos están los altares del culto. Ya no hay asambleas de cristianos; ya no hay maestros que las presidan, ni saludables consejos, ni sermones panegíricos, ni salmodias nocturnas, ni aquella expansión santa de las almas que se da en las reuniones y por la comunicación de los carismas espirituales a los que creen en el Señor. Tenemos que exclamar: “¡En este momento no tenemos príncipe, ni profeta, ni caudillo, ni oblación, ni sacrificio, ni incienso, ni lugar donde presentarnos delante del Señor, a fin de poder ofrecerle las primicias!” (*Dan.*, III, 38.)

3.^o Esto lo escribimos a quienes ya lo saben, porque no hay rincón alguno en el mundo que ignore nuestras desgracias. Por eso no os lo decimos para enseñaros o para excitar vuestra solicitud, porque estamos convencidos de que no os olvidaréis de nosotros, como no se ha olvidado la madre de los hijos que dio a luz. Mas porque quienes sufren algún dolor suelen, en cierto modo, lavar con lágrimas sus tristezas, así hacemos nosotros, quienes de alguna manera sacudimos nuestra pesadumbre al comunicar a vuestra caridad nuestras calamidades, para que así, movidos con más fuerza a rogar por nosotros, hagáis presión al Señor y se reconcilie con nosotros. Pues si los males que nos afligen sólo a nosotros acaso hubiésemos creído conveniente guardar resignación y alegrarnos en padecer por Jesucristo, pues “no son los sufrimientos de la vida presente comparables con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros”. (*Rom.*, VIII, 18.) Mas tememos ahora que, acrecentándose el mal, cebándose como una llama en selva encendida, después que haya consumido lo que

está en su derredor, se extienda también a lo que está lejos. El mal de la herejía se está apacentando, y es de temer, que después que se coma a nuestras iglesias, se arrastre más tarde hasta la parte sana de vuestra parroquia ¹¹. Acaso porque entre nosotros es mayor el pecado hemos sido entregados los primeros en alimento a los dientes crueles de los enemigos de Dios. Acaso también, y es lo más verosímil, porque el Evangelio del reino, que comenzó por estas nuestras regiones, ha llegado a toda la tierra, y nuestro común enemigo quiera extender a todo el mundo las semillas de la apostasía, empezando por estos lugares; por eso maquina el que la nube de la impiedad llegue hasta a aquellos por medio de los mismos que encendieron la luz del conocimiento de Cristo.

4.^a Tomad como vuestras nuestras penas y aflicciones, cual verdaderos discípulos del Señor. No se nos hace la guerra por el dinero, ni por la gloria, por nada temporal, sino que luchamos firmes por la herencia común, por el tesoro patrio de la fe sana. Doleos de nuestro dolor, ¡oh vosotros, amadores de los hermanos!, pues entre nosotros han obstruido las bocas de los buenos; en cambio, está abierta toda la lengua falaz que blasfema la iniquidad contra Dios. Las columnas y el fundamento y sostén de la verdad han sido minadas y desterradas; y nosotros, a quienes se nos desprecia por nuestra pequeñez, no podemos hablar. Combatid por los pueblos; no miréis sólo a vuestro estado actual; es decir, a que os halléis tranquilos en los puertos, protegidos por Dios del torbellino de los vientos; tended, por el contrario, vuestra mano a las iglesias agitadas por las tempestades, no sea que, abandonadas alguna vez, naufragen enteramente en la fe.

Llorad por nosotros, porque se blasfema del Unigénito y no hay quien saque la cara por El. Se rechaza al Espíritu Santo, y el que puede responder, se fuga. El politeísmo ha cogido fuerza. Ganan sus dioses, el grande y el pequeño. La apelación de Hijo no es nombre de naturaleza, sino de una dignidad; el Espíritu Santo no completa la Trinidad Santa, no es partícipe de la divina y beata naturaleza, sino una otra cualquiera de las cosas creadas; temeraria y casualmente hay que juzgar que se añadió al Padre y al Hijo. *¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis párpados una fuente de lágrimas (Jerm., IX, 1)* y estaré llorando a este pueblo desterrado y enseñado con estas doctrinas depravadas? Los oídos de los incautos y sencillos se dejan seducir y están acostumbrados ya a la herética impiedad. *¿Qué van a hacer?* Se bautizan entre ellos, y entre ellos se instruyen; ellos visitan a sus

enfermos; ellos les consuelan en las tristezas; ellos les prestan toda clase de auxilios, y con ellos comulgan en sus misterios sacrílegos; todo cuanto dan a los pueblos conviértese en cebo para estrechar más con ellos su trato, de tal suerte que dentro de poco, aunque se concediere alguna libertad, ya no hay que esperar que los hombres, tanto tiempo engañados, vuelvan otra vez al conocimiento de la verdad.

5.^o Por estos motivos convenía que varios de nosotros acudiéramos a vuestras reverencias y os refiriésemos cada cual sus citas. Pero seaos señal de lo que estamos padeciendo el que ni siquiera podamos ponernos en camino. Pues si alguien, así sea por muy corto tiempo, se ausenta de su iglesia, deja a sus pueblos en manos de los traidores. Pero, por gracia de Dios, hemos enviado a uno por muchos, a nuestro copresbítero Doroteo, hermano religiosísimo y muy amado. El podrá suplir lo que hemos dejado de contar, por olvido, en nuestras cartas, pues está al tanto de todo y es un defensor acérrimo de la verdadera fe. Recíbidle en la paz del Señor y enviádnosle inmediatamente, para que nos traiga la buena nueva de la solicitud que tenéis por vuestros hermanos”¹².

3.^a LOS OCHENTA MARTIRES DE CONSTANTINOPLA

(Año 370)

El Emperador Valente, saliendo de Constantinopla, se dirigió a Antioquía. Al llegar a Nicomedia de Bitinia, se detuvo allí. Eudoxio, obispo de la secta arriana, a poco de marchar el César, pasó de este mundo —siendo cónsules Valentiniano y Valente por tercera vez—, después de haber regido la sede constantinopolitana diecinueve años. Los arrianos nombraron en su lugar a Demófilo.

Los homousianos¹³, creyendo que se les escaparía la ocasión propicia, eligieron a hombre de su fe, llamado Evagrio, a quien consagró Eustacio, antes obispo de Antioquía. Este había vuelto antes del destierro por edicto del Emperador Joviano; pero ahora había venido a Constantinopla para fortalecer la fe de los homousianos, y vivía oculto en la capital.

Esta elección movió a los arrianos a perseguir a los católicos. Delataron el hecho al Emperador sin pérdida de tiempo; él, temiendo que de la disputa del pueblo se promoviese una sedición que alterase

el orden de la ciudad, desde Nicomedia envió tropas armadas y mandó que, apresados uno y otro, tanto el consagrante como el consagrado, se los desterrase a diversos lugares. Y Eustacio fue relegado a Bizua, un pueblecito de Tracia; a Evagrio se le envió a otra localidad.

Así las cosas, ensorbecidos los arrianos, maltrataron cruelísimamente a los católicos, apaleándolos y llenándolos de injurias: a unos echaron en las cárceles, a otros les maltrataron; en fin, haciéndoles sufrir los tormentos más inauditos. Mas como ellos no pudiesen arrostrar tantos males, llegaron a hablar al Emperador, con el fin de que les librase en parte de la opresión de los arrianos; pero proponiéndose ellos esto, se engañaron de todo en todo, porque quien ellos confiaban que les iba a hacer justicia era el autor mismo de estos desafueros.

Escogieron, pues, algunos varones piadosos del clero, en número de ochenta, entre los que se distinguían Urbano, Teodoro y Menedemo, quienes marcharon a Nicomedia a presentar al César las súplicas escritas, en las que se detallaban las extorsiones de los arrianos y los sufrimientos que les habían hecho padecer. Valente, muy irritado, disimuló en presencia de los clérigos su colera; pero dio órdenes secretas al prefecto Modesto para que, apresados aquellos hombres, los matase.

El suplicio de su muerte fue algo nuevo y desusado, y así es preciso consignarlo para recuerdo. Recelando el Emperador de que, si daba muerte a aquellas personas en público, se levantaría amotinado el populacho, fingió que les enviaba al destierro. Aceptaron ellos resignados el castigo; el prefecto les mandó subir en una barca, pensando ellos ir desterrados. Avisó a la marinería que, al llegar a plena mar, diesen fuego a la embarcación, para que, con esta muerte, se les privase hasta la sepultura. Así se hizo, en efecto.

Salidos los marinos del puerto y llegados hacia la mitad del golfo de Astaque ¹⁴, ejecutaron lo mandado, e, incendiada la nave y subidos en bote que seguía de cerca, se apartaron. Habiéndosele levantado un viento fuerte del sur, empujó a la embarcación, que zozobraba, y la arrastró poco tiempo, sana y salva, hasta el puerto dicho Dacidizo, en donde se abrasó toda, juntamente con los hombres.

Este horroroso crimen dicen muchos que no quedó sin venganza. En seguida se produjo una hambre muy grande en toda la Frigia; tan terrible, que muchos de sus moradores hubieran de abandonar temporalmente sus casas y se refugiaron, unos, en Constantinopla, y en otras provincias los más. Pues, aunque Constantinopla alimenta a un

pueblo inmenso, siempre está sobrante de vituallas, ya porque allí se llevan por mar todas las cosas necesarias a la vida, ya porque el mar Negro (Porto Euxino), que la baña, la suministra abundancia de trigo cuando lo necesita. El Emperador Valente, doliéndose mucho de los graves daños que causaba el hambre, marchó a Antioquía, y en la ciudad, mientras allí vivió, persiguió con mucha saña a cuantos eran enemigos del arrianismo. Pues habiendo arrojado de sus iglesias a los homousianos, no contento con esto, les molestó de otros muchos modos y quitó de delante a muchos más que antes con diversos géneros de muerte; pero, sobre todo, ahogándolos en los ríos.” (Sócrates, *Historia Eclesiástica*, libro IV, cap. XIV-XVII).

Se celebra la fiesta de estos ochenta mártires a 5 de septiembre, día en que los conmemora el Martirologio Romano; los griegos los festejan a 6 de mayo. San Gregorio, en sus *oraciones al Concilio de Constantinopla*, a *San Basilio* (oración,43), y en la *oración a los arrianos*, alaba a estos confesores de la fe, hacia los que tiene especial devoción, y le arrancan elocuentes frases de indignación contra sus verdugos: “Jefes sin religión, que son incapaces de vencer a los persas, ni de domeñar a los escitas, ni de hacer la guerra a gente bárbaras, sino sólo hacen la guerra a las iglesias y saltan por encima de los altares y profanan lo más sagrado.” (*Oratio 43 in S. Basilium*, número 46).

III

1.º LA IRRUPCION DE LOS BARBAROS

(404-476)

“No puedo, sin horrorizarme, describir todas las calamidades de nuestros tiempos. Desde hace más de veinte años corre la sangre humana entre Constantinopla y los Alpes judíos. Los godos, los sármatas, los cuados, los alanos, los hunos, los vándalos y los marcomanos devastan, saquean y entregan al pillaje las provincias de la Escitia, la Tracia, la Macedonia, los Estrechos de los Dardanelos, la Dacia, la Acaya, la Dalmacia y las dos Panonias, ¿Cuántas vírgenes consagradas a Dios, nobles e ilustres personajes no han sido objeto de escarnio de estos brutos? Han sido hechos prisioneros obispos y pere-

cido los sacerdotes y otros clérigos; las iglesias han sido destruidas y los altares de Jesucristo convertidos en cuadras y desenterradas de sus sepulcros las sagradas reliquias de los mártires. ¡Por doquier los dueños, el llanto y el miedo; por todas partes presente la imagen de la muerte. (*Eneida* 1., II, v. 32). El Imperio Romano se desmorona, y sin embargo, nuestro orgullo no se humilla. ¿Hasta qué abismo no se han hundido Corinto, Atenas, Lacemonia, la Arcia y toda la Grecia, en las que dominan los bárbaros? Y no he nombrado más que unas cuantas ciudades que fueron en tiempos pasados reinos poderosos.

El Oriente creíase libre de estos males y está consternado al tener noticia de tantas calamidades. Pero el año pasado los lobos, y no los lobos de la Arabia, sino los del Septentrión, salidos de las madrigueras más escondidas del Cáucaso, se han arrojado repentinamente en todas estas provincias. Y ¿cuántos monasterios no han robado? ¿Cuántos ríos no mudaron sus aguas en sangre? Han puesto sitio en Antioquía y a las grandes urbes que riegan el Halís, el Cidno, el Orontes y el Eufrates. Están consternados la Arabia, la Fenicia, la Palestina y Egipto.

Si tuviese yo cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro, sólo entonces podría enumerar toda la seri de males. (*Eneida*, lib. VI, 624, 8). Pero no me he propuesto escribir una historia, sino sólo llorar por breves momentos nuestras calamidades. Por otra parte, se quedaría muda la elocuencia de Tucídides y de Salustio”.

“... A causa de nuestros pecados tienen fuerza los bárbaros. Por nuestros vicios sucumbe el ejército de los romanos; y como si no fuesen bastantes estas calamidades, las luchas civiles casi hacen más mortandad que la espada de los enemigos. ¡Desdichados israelitas, en cuya comparación se llama a Nabucodonosor siervo de Dios! (Jer., XXV, 9) ¡Infelices de nosotros, que tanto ofendemos al Señor, quien por el furor de los bárbaros tanto se aira contra nosotros!... *Si queremos levantarnos*, humillémonos. ¡Oh dolor! ¡Loca inteligencia que se niega a creer! El ejército romano, vencedor y señor del orbe, es vencido por los bárbaros; les teme; su vista les aterra; ellos, que no son capaces de entrar en la tierra, que si la tocan, se creen muertos. No oímos las voces de los profetas: “Huirán mil delante de un sólo perseguidor”. (Isaías, XXX, 17). Y no evitamos la causa de nuestra enfermedad para que al mismo tiempo desaparezca la dolencia y veamos, en fin, que la flecha del salvaje deja sitio a la lanza del legionario, y sus tiaras a los carros romanos, y el vil caballo del bárbaro a nuestros

brillantes corceles.” (San Jerónimo, *Carta 61 a Heliodoro*, núms. 16 y 17.)

2.º SAQUEO DE ROMA POR ALARICO

(410)

Del Occidente nos llega una terrible noticia: han sitiado a Roma ¹⁵, y sus moradores que se rescataron con el oro para salvarse de la muerte; después que les han despojado de todo, sufren ahora nuevo asedio, en el que perderán sus vidas. Se me paga la lengua al paladar y los sollozos me impiden hablar. Cae en manos del enemigo Roma, la que sujetó al mundo entero, y muere de hambre antes que quedar destruida por la espada; casi no hay a quien reducir a la esclavitud. El hambre furiosa les obligó a comer los alimentos más inmundos, y se despedazaban los unos a los otros para comerse; la madre, sin compadecerse de su niño de pecho, se ha alimentado con el que apenas acababa de dar a luz. Moab fue hecho prisionero por la noche, y por la noche se derruyeron sus muros. “Señor, las naciones idólatras han entrado en tu heredad; han manchado tu santo templo; a Jerusalén la han saqueado; han echado los cadáveres de tus santos a las aves del cielo y sus carnes a los animales de la tierra; han derramado su sangre como agua en derredor de la ciudad santa, y no se encontraba quien les diese sepultura.” (*Salmo 76*, v. 1 y sig.)

*“¿Quién el gran mal que aquella noche vimos
Las muertes y heridas contaría?
¿O con llanto al estrago igualaría?
Nuestra ciudad antigua fue asolada,
Que tantos años fue señora fuerte.
Por calles, templos, casas derribadas,
De cuerpos multitud tenía la muerte.”*
(*Eneida*, lib. II, v. 360, 7.)

En esta horrible confusión, el vencedor, ahíto de sangre, entró en la casa de Marcela. Séame lícito referir aquí lo que he oído, o más bien, lo que me han contado hombres virtuosos, testigos de los hechos y que aseguran que estuviste en grave peligro, como ella. Cuenta que

recibió sin inmutarse ni asustarse a aquellas furias que exigían el oro, y que, cavando para hallarlo, ella, que no llevaba sino una túnica vieja, no la creyeron cuando les declaró que había hecho voto de pobreza; refieren también que la abofetearon cruel y no se dolió de los golpes, y sólo pidió que no separasen de ti, Principia, temerosa de que tu juventud tuviese que padecer ultrajes y violencias, que ella, en su ancianidad, no temía sufrir. Jesucristo enterneció a aquellos bárbaros; la compasión se abrió paso por entre aquellas espadas tintas en sangre, y habiéndooos llevado a las dos a la iglesia de San Pablo o para salvar vuestras vidas, si les dabais dinero, o para abriros en ella vuestras tumbas, Marcela dicen que se alegró tanto que prorrumpió en alabanzas al Señor por haber conservado tu virginidad para que la sirvieses en su vida y porque la cautividad la había hallado muy pobre y no la podía, por tanto, dejar pobre, pues no pasaba un sólo día sin tener que implorar la limosna; saciada de Jerusalén, no sentía el hambre. En fin, en tal estado de pobreza, podía decir con el Santo Job: “Desnuda salí del vientre de mi madre, y desnuda volveré a él. Hase hecho la voluntad del Señor; que su nombre sea bendito.” (Job, 1, v. 21).

Algunos días más tarde, sin enfermedad y en pleno vigor, se durmió en el sueño de los justos la bienaventurada Marcela, dejándole heredera de lo poco que tenía en su pobreza, o por mejor decir, dejando herederos a los pobres por medio tuyo. Habiéndola tú cerrado los ojos, aquella santa mujer entregó su alma entre los ósculos que tú la imprimías y las lágrimas con que tú la rociaba, sonriendo dulcemente; tan grande era la tranquilidad de su conciencia al recordar su vida pasada, y tan grande el regocijo que la producía el pensamiento de la recompensa futura en el cielo... (San Jerónimo, *Carta 960 a Principia, virgen*, núms. 12, 13, 14.)

3.º HISTORIA DE LA PERSECUCION DE LA PROVINCIA DE AFRICA

LIBRO I

PERSECUCION DE GENSERICO, REY DE LOS VANDALOS

1) *Entrada de los vándalos en Africa.*

Ahora hace sesenta años —es un hecho probado— que el pueblo cruel y salvaje de los vándalos puso el pie en el suelo de nuestra desventurada Africa, atravesando sin gran dificultad el Estrecho por aquellos lugares en que el mar inmenso y ancho se estrecha como unas doce millas entre España y la costa africana. Cuando hubo pasado toda aquella multitud, gracias a la pericia de su jefe, Geiseri (Genserico), este príncipe resolvió hacer con la mayor presteza un censo de toda su gente y de todos los que vivían entonces, para darse fama de terrible. Las estadísticas arrojaron el número de ochenta mil almas entre ancianos, jóvenes y niños, siervos y libres. Se divulgó la opinión, y los que no habían sido empadronados no creyeron que el número de los hombres de armas era entonces tan crecido, aunque ahora sea tan corto y limitado.

Pues bien; estas gentes hallaron la provincia en paz y tranquila; pero sus hordas impías cruzaron en todas las latitudes este hermoso y fértil vergel, devastando, talando, quemando y asesinando. Ni siquiera perdonaron los árboles frutales, para que, tras sus huellas, las gentes que se habían refugiado en los antros, precipicios y angosturas de los montes no pudiesen encontrar alimentos. Su crueldad se renovó en todas partes; no hubo lugar alguno en que no dejase sentir sus efectos. Ensañábanse con más furia contra las iglesias, las basílicas de los santos, los cementerios y los monasterios, y levantaban mayores hogueras para abrasar las casas de oración que para las ciudades y pueblos.

2) *Su crueldad*

Si hallaban cerradas las puertas de los lugares santos, se abrían paso destruyéndolas a porfía con hachas; así se realizó lo de la Escri-

tura: “Como en un bosque a hachazos rompieron a porfía todas las puertas; con el hacha y la caña lo destrozaron todo. Pusieron fuego a tu santuario en la tierra, y mancillaron el tabernáculo de tu nombre” (Salmo 75, v. 5-6).

¡Cuántos obispos e ilustres sacerdotes mataron entonces con diversos suplicios, para que les entregasen sus fortunas propias o los bienes de las iglesias; Y si, cediendo a sus torturas, las víctimas les entregaban lo que poseían, sometíanlas al momento a nuevas torturas, creyéndoles culpables de haberles ocultado algo que no les habían entregado. Cuanto más les daban, tanto más sospechaban que les ocultaba la víctima. Para añancarles la confesión de la posesión de algún tesoro, a unos les abrían la boca con estacas y a otros se la llenaban con estiércol, y a otros le azotaban las piernas y la cara con nervios de buey. A muchos les hacían beber del mar, vinagre, alpechín, grasa y otros líquidos repugnantes, y aunque estuviesen llenos como los odres, sin piedad ninguna forzábanles a ingerir más y más bebidas. A aquellos crueles verdugos no movía a compasión ni el sexo, ni la edad, ni el rango de nobleza, ni el respeto al sacerdocio; al contrario, la dignidad y nobleza de la víctima estimulaban más su furor y su saña. Me resisto a dar el número de sacerdotes y de personas nobles a quienes echaron sobre sus hombros cargas más pesadas que se ponen a los camellos y a los jumentos y a las bestias. Aguijoneábanlos para hacerles andar y les pegaban con varas hasta que caían muertos, sin moverse por eso a compasión aquellos bárbaros. Ni la venerabilidad que da la vejez, ni el respeto que inspira una cabeza nevada por las canas, blancas como las guedejas de la lana, enternecía a aquellos extranjeros. El furor de los bárbaros llegó hasta a arrancar a los inocentes niños de los pechos de sus madres, para aplastarlos contra el suelo. Les hubo tan desnaturalizados, que, cogiéndoles por los pies, les dividieron en dos partes; lo mismo exactamente que cantaba el pueblo de Sión cuanto estaba en la cautividad: “Dijo el enemigo que abrasaría mis campos, mataría a mis hijos y a mis parvulitos los aplastaría contra el suelo” (*IV Reg. VIII, 12*).

3) *Arruinan los bárbaros todos los palacios y templos*

Si las llamas no habían destruido algunos grandes templos y palacios, o no se habían venido al suelo sus techumbres, incapaces de

apreciar la belleza de sus paredes, los bárbaros las arruinaban hasta sus cimientos; así, no queda hoy ni memoria de todo aquel lujo y ornato de las antiguas ciudades. Muchísimas están desiertas o casi desiertas. Las que subsisten en pie se despueblan ahora. Así su furor arrasó, por ejemplo, en Cartago, los teatros, el templo de la Memoria y levantaron el adoquinado de la vía llamada Celeste ¹⁶. Pero tengo que consignar que, abusando de su poder, emplearon para sus cultos la basílica mayor en que reposaron los cuerpos de Santa Perpetua y Felicidad, las iglesias de Santa Celerina y de los Mártires Scilitanos y otra varias que había perdonado el fuego ¹⁷. Donde resistían algunas plazas que el furor de los bárbaros no podía rendir, reunían en torno suyo muchas gentes reducidas a la esclavitud y las sacrificaban con la mayor crueldad; así, el hedor de los cadáveres putrefactos llevaba la muerte a las filas de aquellos que se defendían contra la espada del enemigo.

¿Quién podría contar el número de sacerdotes que padecieron entonces crueles tomentos? Murió quemado con láminas de hierro candente el obispo de nuestra ciudad Papiniano. También pereció abrasado a las puertas de Furni el obispo Mansueto de Ursita ¹⁸. En la misma fecha se puso sitio a la ciudad de Hipona, que el obispo Agustín, digno de toda alabanza, y autor de muchos libros, gobernaba sabiamente. Entonces, asustado, dejó de correr aquel río de elocuencia, que fecundaba con sus aguas los campos de la Iglesia, y la dulzura de la suavidad meliflua se convirtió en amargura de ajeno, de tal suerte que se pudo decir con el Profeta: “Cuando el enemigo se enfrentó contra mí, yo me callé y me humillé y me abstuve aún de hablar el bien.” (Salm. 38, 23).

Para entonces, Agustín había ya escrito doscientas treinta y dos obras, incontables cartas, la exposición de Salterio y explicación de los Evangelios, y pronunciado discursos al pueblo fiel, que los griegos llaman homilías, cuyo número es imposible conocer.

4) *Ruina de Cartago*

¿Qué más añadiré, después de tantas locuras cometidas por la irreligión de estos bárbaros? Genserico se apoderó de Cartago, la gran urbe, y redujo a esclavitud a sus moradores, tan orgullosos de su antigua libertad ¹⁹. Levó cautivos a muchos senadores. Por un edicto

obligó a todos los habitantes a entregar el oro, plata, joyas y vestidos preciosos que tuviesen; de este modo en poco tiempo su avaricia insaciable se apoderó de todas las riquezas. En la división que hizo de las provincias se reservó para sí el mando de la Bizacena, la Abarita, la Getulia y una parte de la Numidia; entre sus tropas distribuyó la Zeugitana o provincia proconsular, con derecho a heredarlas él. El Emperador Valentiniano defendía todavía las otras provincias que el bárbaro había devastado; pero a la muerte de este príncipe la insolencia de Genserico pidió la cesión de toda el Africa del Norte, las grandes islas Cerdeña, Sicilia, Córcega, Ibiza, Mallorca, Menorca y otras muchas. Después, el rey de Italia, Odoairo, mediante un tributo que pagó regularmente como a su señor, reservándose para sí una mínima parte.

Otro edicto de Genserico obligó a los vándalos a arrojar de sus iglesias a todos los obispos y a desterrar a los nobles de sus palacios, sin permitirles llevar nada consigo, y, si demoraban su partida para el destierro, que se les redujese a la esclavitud. Esta fue la suerte de no pocos obispos, clérigos y principales señores a quienes yo conocí esclavos de los vándalos.

5) *Expulsión del clero*

Por entonces decretó Genserico que, apresando al Obispo de Cartago Quotvuldeo, varón grato a Dios, santo y de feliz memoria, a todos, y con él a gran número de clérigos, se los metiese, amontonados con una multitud de cristianos, en unas naves deshechas y viejas y que se les despojase absolutamente de todo, hasta de sus vestidos. Dios, en su misericordia, dispuso que hiciesen una travesía feliz, y desembarcaron en el puerto de Nápoles, en la Campania. También castigó con el destierro a muchos senadores y nobles, a quienes deportó después al otro lado de los mares, en las costas de Marsella.

Lanzando al destierro el obispo y todo su clero, el tirano se adueñó de la basílica Restituta²⁰, morada ordinaria de los prelados y en la que celebraban sus sínodos, y la convirtió en un templo pagano; también se apoderó de las demás iglesias de la ciudad con todos sus bienes. Igualmente se apropió de las que le plugo extramuros de Cartago y de dos mayores y más notables dedicadas al mártir San Cipriano, la una levantada en el sitio donde él derramó su sangre y la otra

donde se le sepultó en el lugar llamado Mapalia. ¿Quién, al recordar aquel imponente silencio que nos obligaron a guardar, al llevar los cadáveres de nuestros difuntos, sin que cantásemos nuestros himnos antiguos, sin que observásemos nuestras ceremonias, podría dejar de derramar lágrimas? Fue más lejos la crueldad del tirano; por fin, lanzó al destierro a clérigos que hasta entonces había tolerado. Mientras esto pasaba, los sacerdotes y magistrados de las provincias confiadas a los vándalos formaron el proyecto de ir a entrevistarse con el Rey para pedirle clemencia. En efecto, aprovechando la ocasión en que Genserico iba a su residencia habitual de la península Maxulita, llamada vulgarmente Ligula, se le acercaron pidiéndole que, para consuelo de los fieles, les permitiese vivir en las tierras ya dominadas por los vándalos. El príncipe, encolerizado, se cuenta que les respondió por medio de un mensajero: “He determinado exterminar a todos los de vuestra raza y nombre cristiano y ¿os atrevéis a pedirme cosa semejante?” Y quiso arrojarles a todos en el mismo momento en la playa vecina, y, a no rogárselo importunamente sus acompañantes, lo hubiera ejecutado. Con el alma y el corazón partido de dolor se retiraron ellos y empezaron a celebrar las ceremonias del culto como, cuando y donde podían, por carecer de templos. Acrecentándose de día en día el poder de Genserico, crecieron también su orgullo y su insolencia.

6) *Fe intrépida del conde Sebastián*

Voy a referir un suceso que ocurrió en esta sazón. El conde Sebastián, yerno del ilustre conde Bonifacio, era hombre tan prudente como bravo en la guerra. Genserico no podía prescindir de sus consejos, pero el bárbaro temía hasta su sola presencia. Buscando el modo de deshacerse de él, halló en su religión el pretexto para matarle. Resolvió, pues, que Sebastián asistiese a una reunión de obispos arrianos y de sus familiares. Una vez presente, le habló así: “Sebastián, ya se que has jurado sernos fiel, y tus trabajos y tu vigilancia atestiguan claramente que eres sincero y leal a tu promesa. Pero para sellar de una manera definitiva tu amistad con nosotros, los obispos y sacerdotes aquí presentes opinamos que debes abrazar nuestra religión y la de nuestro pueblo.”

“Al Rey contestó Sebastián muy ingeniosamente y con mucha

oportunidad: “Ruégote, señor mi Rey, que mandes traer al instante un pan blanquísimo de flor de harina”. Genserico, no pudiendo imaginar la victoria del conde, ordenó que al punto trajesen el pan que pedía. Cogiéndole Sebastián en sus manos, habló así a los presentes: “Para dar a este pan tanta blancura y para poderle presentar a la mesa del Rey, ha sido preciso limpiarle de todo el salvado que estaba envuelto con la harina, amasarlo y cocerlo; sólo así ha tomado este color blanco y sabor exquisito al paladar. Yo he sufrido una transformación igual: me ha molido la piedra de mi madre la Iglesia católica, me ha cernido en el cedazo de su prueba para limpiarme como a la harina más pura, me ha rociado con el agua del bautismo y me ha cocido con el fuego el Espíritu Santo. Este pan ha salido del horno tan blanco y yo he salido también de la fuente santa purificado por los sacramentos divinos que tiene virtud y eficacia por la gracia de Dios. Pero, si tú quieres, que hagan lo que voy a proponer; que se divida en trozos este pan, que se moje y amase otra vez y que se lo meta en el horno; si sale en mejores condiciones, yo haré lo que me aconsejas.” Genserico y sus acompañantes quedaron suspensos, sin saber que responder al conde. Pero algo después encontró el Rey otro pretexto para matar al bravo capitán.

7) *Aumenta la persecución contra los católicos*

Vuelvo al tema que he interrumpido. Con sus edictos sanguinarios Genserico hacía del todo imposible la vida a los católicos que moraban entre los vándalos y a pesar de nuestras súplicas y gemidos, se nos arrebató hasta el lugar para ofrecer el santo sacrificio y nuestras oraciones públicas, para que así se cumpliese visiblemente entre nosotros la profecía: “Ahora no tenemos ni príncipe, ni profeta, ni caudillo, ni lugar para sacrificar víctimas a tu santo nombre.” (*Dan.*, III, v. 38).

Todos los días se levantaban nuevas calumnias y persecuciones contra los sacerdotes que aún vivían en los países tributarios de Genserico. Si algún sacerdote, al predicar al pueblo fiel, según es costumbre, mencionaba sólo los nombres de Faraón, de Nabucodonosor, de Holofernes o cualquier otro semejante, le objetaban que hablaba del propio Rey Genserico, y por esa sola razón ya le desterraban. Aquí la persecución era abierta, allí oculta y sorda en otras partes; así, con

tantos traidores tenía que desaparecer el nombre de católico. Entonces fui testigo de cómo se envió al ostracismo a un gran número de prelados virtuosos, entre ellos al obispo Urbano de Girba, a Crescencio, metropolitano de Aquitania ²¹, cuya jurisdicción se extendía a ciento veinte sedes sufragáneas; a Hebdeo de Tendala, a Eustracio de Sufetala; a dos obispos de la Tripolitania, Vicis de Sabrata y Cresconio de Oea; a Félix de Hadrume, sólo por haber hospedado a un monje llamado Juan, llegado del otro lado de los mares, y a otros muchos que sería prolijo enumerar. Cuando morían todos estos prelados, no permitían que consagrasen a otros que les sucediesen en sus sedes. Sin embargo, el pueblo fiel, en medio de la borrasca, permanecía constante en la fe, y al modo que los enjambres de abejas construyen los panales de cera con las piedras de la fe, las pruebas de la persecución, que se les volvían más dulces que la miel, y este pueblo crecía y se confirmaba más y más, cumpliéndose en él esta sentencia de la Escritura: "Cuanto más les perseguían, más aumentaba su número y se hacían más esforzados." (*Exod.*, I, 12).

8) *Virtudes del obispo Deogracias.*

Algún tiempo después, a instancias del Emperador Valentiniano IV, se obtuvo el nombramiento de Deogracias para obispo de Cartago, sumida en el mayor silencio y desolación. Si alguien quisiese intentar referir todo el bien que este prelado hizo con el auxilio de Dios, creo que toda su retórica no bastaría para decir ni siquiera una mínima parte.

A poco de entrar a gobernar esta iglesia el obispo Deogracias, por justos juicios de Dios y por los pecados de los hombres, Roma, ciudad en otros tiempos tan noble y famosa, cayó en poder de Genserico (año 445), el decimoquinto de su reinado. De una vez se apoderó el bárbaro de los tesoros de tantos Reyes y Emperadores, reduciendo a la esclavitud a un gentío inmenso, que transportó al Africa, y se dividieron entre sí los vándalos y los moros, separando, según la costumbre bárbara, a los esposos de sus esposas y a los hijos de sus padres. Sin perder un instante, el piadoso obispo, lleno del amor de Dios, vendió todos los vasos de oro y plata de los altares para entregar su precio a los bárbaros, con el fin de conservar intactos los lazos de aquellos matrimonios y de devolver aquellos hijos a sus propios pa-

dres. Mas como no había local suficiente para albergar a tanta gente, el prelado dispuso que se recogiese en las dos grandes y famosas basílicas de la ciudad, la de Fausto y de las Nuevas ²², tendiendo en ellas lechos y esteras; además, distribuyó diariamente, a todos ellos, lo que habían menester. Muchos de estos desventurados habían caído enfermos como resultas de las fatigas de la navegación, por no estar acostumbrados a la vida del mar, y por los malos tratos de la esclavitud. Cual tierna madre, el santo obispo, acompañaba a los médicos en todo momento para que en su presencia se diese a cada cual los alimentos prescritos. Aun durante la noche se hacía llevar a la iglesia para ejercitar con aquellos desgraciados las obras de caridad, recorriendo las camas e informándose minuciosamente de todas sus necesidades. No le detenían ni el cansancio ni los achaques de la edad; tan grande era su compasión.

El ejemplo admirable que daba el obispo irritó más la cólera de los arrianos, quienes trataron por todos los medios de darle muerte reiteradas veces. Yo pienso que Dios, concededor de sus mañas arteras, fue quien libró a aquel pajarillo de las garras de los gavilanes. Los cautivos romanos lloraron sin consuelo su muerte, y al ir él al cielo, se creyeron verdaderamente esclavos de los vándalos para siempre. Ocupó la sede de Cartago tres años. El pueblo fiel, arrastrado por el amor y el dolor, hubiérase apoderado de sus despojos mortales si, por prudencia, no se le hubiese sepultado sin noticiárselo, mientras, según costumbre, rezaba en la iglesia ²³.

9) *El obispo Tomás.*

Pero, porque no es justo que calle siempre las iniquidades cometidas por los herejes, no puedo omitir lo que honra a sus víctimas. Tomás, un obispo consagrado por Deogracias, venerable anciano, era continuamente objeto de sus asechanzas, y en una ocasión le hirieron en la nuca con muchos golpes, y esto delante del público. El prelado, en vez de juzgarse deshonrado, se gloriaba y regocijaba en el Señor, viendo que por esto se le acrecían los méritos para la gloria.

A la muerte del obispo Deogracias de Cartago, Genserico prohibió reemplazar por otros prelados a los de las provincias Zeugitana y Proconsular, que estaban en el destierro, y cuyo número era a la sazón de ciento sesenta y cuatro. Extinguiéronse poco a poco sus vidas